

## **“ENTRE ENEMIGOS”: LÍMITES MORALES Y TRABAJO DE CAMPO**

### **“BETWEEN ENEMIES”: MORAL BOUNDARIES AND FIELDWORK**

María Jazmín Ohanian  
M.A. Sociología de la cultura  
Centro de Investigaciones Sociales del Instituto de Desarrollo Económico y  
Social/ CONICET  
jaz.ohanian@gmail.com<sup>1</sup>

#### **RESUMEN**

En octubre del año 2013 realicé una jornada de trabajo de campo durante el aniversario de la creación de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) que culminó con una invitación a conocer algunos de los objetos de su historia. Esos “retazos de su pasado” están custodiados por un grupo de exalumnos en un museo exclusivo para integrantes de las Fuerzas Armadas, ubicado en el sótano de un edificio destinado a actividades sociales navales. El objetivo de este texto es analizar dicha experiencia etnográfica “entre enemigos” a través de una serie de desplazamientos que me permitieron pensar qué sucede cuando ponemos en cuestión los límites morales de nuestro propio sentido común académico sobre el mundo que investigamos y comenzamos a entender cómo lo habitan otros.

Palabras clave: Trabajo de campo – Moral – Enemigo - Desplazamiento

#### **ABSTRACT**

In October 2013 I started my fieldwork during the anniversary of the creation of the Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) which ended with an invitation to learn about some of the objects of its history. These “remnants of their past” are guarded by their former students in a museum exclusively for members of the Armed Forces located in the basement of a building used for naval social activities. This text aims to analyze this ethnographic experience “between enemies” through a series of displacements that allowed me to think what happens when we question the moral boundaries of our academic common sense about the world we investigate and begin to understand how others inhabit it.

---

1 Artículo enviado el 7 de noviembre del 2019. Aceptado el 16 de diciembre del 2019.

Key words: Fieldwork – Morality – Enemy - Displacement

## INTRODUCCIÓN

"Nuestro problema es cómo incluir la realidad definida por las personas con quienes vivimos en el conjunto de relaciones que describimos y analizamos sin que, subrepticamente, la realidad de esa realidad sea negada"  
(Goldman 2016:34)

"Ninguna idea interesante es evidente"  
(Viveiros de Castro 2016:61)

Comencé mi trabajo de campo al mediodía de un sábado caluroso de octubre del año 2013 durante la celebración del 116° aniversario de la creación de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) organizada por una asociación civil de sus exalumnos. Lo recuerdo como la primera vez que sentí el desafío de hacer trabajo de campo pero sin tener que viajar como lo habían hecho mis "héroes de la disciplina" al mudarse con comunidades indígenas, cruzar océanos y dejar de lado sus sociedades capitalistas. El esfuerzo en mi caso fue comenzar a pensar qué era la ESMA desde un punto de vista que hasta ese momento me había resultado inadvertido, ajeno y sumamente alejado: las experiencias de los suboficiales allí formados antes, durante o después del período dictatorial. Para mí, ese espacio se llamaba Ex ESMA<sup>2</sup> y había sido exclusivamente un centro clandestino de detención donde había "represores"<sup>3</sup> que habían secuestrado y asesinado a más de 5.000 personas durante la última dictadura militar (1976-1983). Luego aprendí, y me enseñaron sus alumnos, que la ESMA también fue una institución educativa "honorable" ligada desde 1928 a la etapa inicial de capacitación y formación técnico-militar en la carrera profesional de los suboficiales de la Armada Argentina (ARA). Pero antes de esa experiencia etnográfica nunca me había preguntado nada acerca de esas personas (alumnos) que iban cotidianamente a la ESMA (escuela).

Durante mucho tiempo no entendí qué era lo que había sucedido ese día en el aniversario de la ESMA; me sumergí y alimenté una exotización sobre el grupo humano con el que me vinculé sin poder pensarlo hasta que, ya avanzada la relación, pudimos hacerlo juntos. Cuando conocí a los exalumnos comencé a preguntarles qué recordaban, qué lugar le daban a sus historias, con qué frecuencia se juntaban, cuándo habían ingresado a la ESMA y qué significaba la escuela para ellos. En el intento de construir una interpretación analítica a las respuestas a esas preguntas, se me hizo presente una dificultad inadvertida

---

2 La Legislatura aprobó las Leyes N°392/00 y 961/02, por medio de las cuales se revocaba la cesión de los terrenos a la Armada y el predio se establecía como sede del Instituto Espacio para la Memoria. Pero la Ex ESMA adquirió su cualidad de "ex" en el año 2004: pasó de ser un predio Nacional exclusivo para la formación militar a ser un predio de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires con planes de conversión en un Museo de la Memoria. En febrero de ese mismo año el gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007) anunció la decisión de desalojar a la Armada del predio donde todavía funcionaba la escuela de suboficiales para destinar ese espacio a la creación del museo.

3 Las comillas serán utilizadas para destacar los términos significativos desde el punto de vista nativo.

intelectualmente pero sentida corporalmente: éramos de dos universos sociales que se habían constituido como enemigos morales. Pensar en mi propio sentido común académico mientras escribía mi tesis de maestría me permitió afrontar el desafío analítico de describirlos y entenderlos en sus propios términos y ya no como “genocidas” o “represores”, ambas categorías nativas de mi propia comunidad.

En esta ocasión retomo el análisis del antropólogo Fernando Balbi (2007) sobre la moral como punto de partida de cualquier comportamiento social en tanto cuenta con ejemplos estandarizados de conductas y parámetros definidos para la acción con sentidos legítimos, sistematizados y naturalizados, que incluye una evaluación y sanción para los que no los respetan. Prestar atención a la propia moral dentro de la antropología<sup>4</sup> aparece como una reflexión necesaria ya que no estamos eximidos de que dicha asociación sistemática sobre qué autor citar, dónde publicar y sobre qué grupo humano investigar limiten nuestros horizontes de investigación y prioricen “el grado de compromiso” (Balbi 2016:66) que sostenemos moral y políticamente con nuestros interlocutores por sobre las preguntas de investigación o la experiencia de trabajo de campo. Éstos sentidos comunes morales pueden ser discutidos y desnaturalizados a través de un extrañamiento analítico de nuestra propia disciplina, entendiéndola como producto cultural.

Así, es posible pensar a la antropología social argentina como una forma de interacción entre sus miembros con historia, códigos, lenguaje, héroes, símbolos y sentidos comunes establecidos; al igual que una cultura. La antropóloga Rosana Guber (2007, 2008, 2010) reflexiona sobre la construcción de un perfil de “antropólogos-ciudadanos comprometidos” en Argentina entre 1960 y 1975 para alertar sobre la naturalización de una “pretensión de proximidad” que constituyó al compromiso como símbolo y corazón de la antropología social. Esta proximidad basada en la co-ciudadanía y en el involucramiento personal con la transformación social, tal como explica Guber (2010), es una construcción que debe analizarse histórica y situacionalmente para poder pensar, en concreto, qué pasa en cada vínculo y en cada momento, ya que compartir ciudadanía no es un dato en sí mismo. La pregunta analítica es cómo se juega esa co-ciudadanía en cada trabajo de campo y en cada relación. La dificultad de ser investigadores en nuestra propia sociedad requiere de una vigilancia sobre nuestros sentidos comunes mucho más firme que si estuviésemos en otra sociedad, justamente porque vivimos o estamos en contacto con esas situaciones que investigamos y nos atenemos a reglas morales propias, nacionales y profesionales. En relación a los estudios sobre los integrantes de las Fuerzas de Seguridad, la antropóloga Sabina Frederic alerta sobre una “mirada reprobatoria frente a los estudios que toman por objeto las prácticas policiales (...) por miedo a convertirse en sujetos contaminados por los que supuestamente eran nuestros enemigos” (et al 2014:35). Pero el renovado estudio con integrantes de Gendarmería (Frederic 2014, 2018; Escolar 2017; Renoldi 2014; Zajak 2019) y con integrantes de la Policía (Galvani 2017; Calandrón 2014; Garriga Zucal y Maglia 2018; Sirimarco 2009) le permitió a las ciencias sociales y humanidades generar preguntas relacionadas al género, la educación, los museos, la violencia, el secreto, la vida

4 Recomiendo los trabajos de Balbi (2016), Fassin (2008) y Noel (2016) al respecto.

cotidiana y la sexualidad. Todavía nos queda pendiente generar ese movimiento en relación a las Fuerzas Armadas (FFAA), quienes únicamente se investigan sociológica y antropológicamente<sup>5</sup> por temáticas relativas a las violaciones a los Derechos Humanos durante la última dictadura militar.

El antropólogo Máximo Badaró adjudica esta carencia etnográfica a una "falta de empatía" (2009:53) con el mundo militar por la dificultad de los científicos sociales de sumarse a una lógica social castrense, en la cual todo se dirime en términos de "amigo" o "enemigo". Quiero mostrar que la distancia etnográfica con integrantes de las Fuerzas Armadas, en mi caso, no se trataba de una cuestión empática sino que me noté partícipe de un sentido común académico que sostiene una oposición en términos de "enemigo" donde, tal como lo explica el politólogo alemán Carl Schmitt, la distancia "marca el grado máximo de intensidad de separación" (2009:57) con un grupo concreto y en una determinada situación social de carácter público. Así entendidos, los enemigos no existen per sé; se constituyen situacionalmente. La antropóloga estadounidense Faye Ginsburg (2016) fue acusada de enemiga en su academia nacional y no por falta de empatía con el grupo social estudiado (las militantes "pro-vida") sino porque ese grupo social era un actor en conflicto en la propia sociedad. Ella señaló que es necesario reconocer esa dificultad de "restituir el punto de vista del nativo" (2016:230) en especial cuando ellos y nosotros formamos parte de la misma sociedad y cuando ese grupo social provoca aversión de nuestros propios colegas. Esa aversión alimenta un límite moral de los académicos de las ciencias sociales que no habilita a preguntar, conocer o pensar algo novedoso sobre ese grupo humano exotizado como enemigo. Es una frontera presente en la investigación definida por otros y no por el mismo trabajo de campo que se restringe ante esa frontera moral. En el caso del estudio con y sobre las Fuerzas Armadas, se establece un límite clave que no permite producir conocimiento y alimenta un dilema en los términos equivocados: no se trata de justificarlos sino de comprenderlos.

Antes de hacer trabajo de campo, la ESMA y los militares vinculados con ella, se habían conformado para mí como un enemigo naturalizado. La novedad la encontré al darme cuenta de la intensidad que esa enemistad estaba teniendo en mi desarrollo profesional y cómo me estaba limitando en pensar preguntas de investigación. En este artículo presento un análisis de una situación de campo que inauguró mi investigación etnográfica (2013-2019) con un grupo de hombres formados en la ESMA. Propongo convertir este episodio en una instancia productiva para analizar cómo ciertos sentidos comunes disciplinares moralizan el quehacer antropológico limitando la creación de preguntas de investigación a la vez que imposibilitan pensar quiénes somos cuando hacemos trabajo de campo. Los tres desplazamientos que presento abonan dicha búsqueda por problematizar las consecuencias de sostener una única mirada sobre los militares, en general, y a los alumnos de la ESMA, en particular.

## EL TRABAJO DE CAMPO COMO DESPLAZAMIENTO MORAL

---

<sup>5</sup> Destaco y recomiendo la lectura de los trabajos que recuperan el punto de vista de los protagonistas sobre la formación de los cadetes del Ejército (Badaró, 2009), la democratización de las Fuerzas Armadas (Frederic, 2013) y las experiencias de los Halcones A4B en Malvinas (Guber, 2016).

El antropólogo mexicano Miguel Bartolomé (2004) compara el viaje antropológico con las aventuras de Alicia cuando decide atravesar el espejo y se encuentra en el País de las Maravillas con un mundo “aparentemente caótico”. En el relato, Alicia sigue las lógicas que los distintos personajes creados por Lewis Carroll (2016) le proponen en su camino; lógicas aparentemente irreductibles pero aceptadas por ella al reconocer su “propia ignorancia del mundo de los otros y la indudable legitimidad de la diferencia” (2004:214). La propuesta del autor es pensar a la etnografía como un desplazamiento de lógicas en la que pasamos a través del espejo para “trascender aquel reflejo construido por la proyección de nuestra propia imagen, y buscar más allá de esa proyección aquello que hace al otro ser lo que es, sin necesidad de intentar traducirlo en términos que casi siempre le son ajenos” (Bartolomé 2004:215). A continuación compartiré lo que sucedió cuando, en mi trabajo de campo, atravesé el espejo.

#### PRIMER DESPLAZAMIENTO: LA ESMA Y SUS ALUMNOS

Conocí a los alumnos de la ESMA transitando un camino sinuoso, costoso y sorprendente. El interés surgió a partir de una situación incómoda durante una experiencia profesional. En el año 2013 me encontraba trabajando en un proyecto destinado a realizar una intervención digital interactiva sobre el centro clandestino de detención que funcionó en la ESMA durante el último período dictatorial argentino (1976-1983). En ese marco, una de mis tareas fue realizar la búsqueda de fuentes primarias y secundarias para conseguir información sobre la descripción del espacio y realizar así, un modelo gráfico interactivo que lo represente. La intensa estadía en archivos de los organismos de Derechos Humanos y la revisión de muchos registros personales de sobrevivientes del centro clandestino me permitieron dar con una gran cantidad de testimonios y de descripciones sobre sus experiencias traumáticas vividas allí.

Un día, consulté con mis compañeros de equipo qué pensaban sobre la posibilidad de buscar esas imágenes en archivos de las Fuerzas Armadas, ya que allí seguramente habría fotos del predio o del Casino de Oficiales. Como respuesta obtuve un rotundo “no” y una fuerte carga acusatoria sobre mis “intenciones” de contactarme “con esa gente”. No se trataba de una simple conversación sino de denuncias sobre mi persona y mis valores morales, que aparentemente estaba poniendo en juego al proponer entablar un diálogo con integrantes de las Fuerzas Armadas. La reacción de mis colegas, su actitud acusatoria, sus gestos de decepción y sus miradas con ceños fruncidos hicieron que –por lo menos para mí– el clima de trabajo por el resto del tiempo compartido me resultara particularmente agotador. Para mis compañeros y mi jefe, yo me estaba pasando al bando enemigo y transformándome en una persona poco confiable moralmente y eso hizo imposible la convivencia laboral. Interpreté que esa experiencia hablaba más de “nosotros” que de “ellos” y, en vez de abandonar la búsqueda de contacto con las FFAA, la situación que había vivido alimentó aún más mi curiosidad y mi empeño por acercarme.

Finalmente, en octubre del año 2013, localicé las imágenes del predio que buscaba (pero que nunca usamos para el trabajo de intervención) y encontré una invitación a la celebración del 116° aniversario de la creación de

la Escuela de Mecánica de la Armada en el Círculo de Oficiales de Mar (COM)<sup>6</sup>. El campo estaba tímidamente dándome una mano. Yo no llegaba a ese evento con un plan sistemático ni con un objetivo claro. No sólo no conocía la historia ni el lenguaje técnico vinculado a las Fuerzas Armadas sino que para mí, como para mis colegas de trabajo, también eran claramente "el enemigo". Decidí asistir al aniversario con mi marido, Fernando, porque, aunque tenía curiosidad también sentí miedo. La acusación de mis compañeros había iluminado una serie de incertidumbres propias que tomarían riqueza analítica a medida que avanzara la relación con los alumnos de la ESMA: ¿estaba yo en riesgo al acudir a ese evento?, ¿por qué tenía tanto miedo? Si cruzaba de bando, ¿iba a poder volver a mi comunidad o la contaminación me dejaría sola? Sin saberlo, yo estaba por realizar un primer desplazamiento al romper filas para acercarme al enemigo. Y sin siquiera sospecharlo, el enemigo iba a hacer exactamente lo mismo conmigo.

El día del aniversario de la creación de la Escuela de Mecánica de la Armada, nos acercamos al salón del 1° piso del Círculo de Oficiales de Mar donde se realizaba el acto. Luego de pagar la entrada en el *hall*, ingresamos al salón y me detuve a observar el lugar y la gente: pude contar unas 72 personas, casi todos entre 40 y 60 años. No me animé a hablar con nadie. Elegí caminar y recorrer el espacio. Vi que en una mesada se exhibían una gran cantidad de objetos, notorios y claramente visibles desde cualquier punto del salón en el que uno se posicionara. Estaban allí en la esquina del ambiente, apoyados sobre una mesa larga sin referencia escrita alguna. Resultaba difícil, para cualquier persona que no estuviese vinculada con el pasado de la escuela, encontrarle un sentido particular a esa mesa llena de objetos.

Había todo tipo de piezas de uso cotidiano y de aseo personal: cacharros para comer, peines, boletines de calificación, carnets personales de identificación, libros de estudio con el logo de la ARA, carteles con los requisitos de ingreso a la escuela, fotos de aspirantes, documentación interna e institucional, prendas de uniformes, cucharas, cuchillos y tenedores. Me arrimé para ver los objetos de cerca y en ese momento, un hombre de unos 45 años se acercó a saludarme. Me dijo que su nombre era Gabriel<sup>7</sup> y que los objetos exhibidos en uno de los tabloneros eran suyos; así comenzó nuestra relación. Lo primero que me preguntó fue si me gustaban las cosas que había arriba de la mesa, y yo respondí con honestidad que estaba asombrada por la cantidad de objetos vinculados a la función educativa de la ESMA. Él los había llevado para compartir recuerdos con los otros alumnos, en especial para hablar sobre "esas cosas que nos hacen recordar a la escuela". No le pregunté quién era, ya que supuse que en algún momento de la conversación se presentaría. Él, en cambio, sí me preguntó quién era yo. Le dije que era de la Universidad de Buenos Aires (UBA), que Fernando era mi marido y que quería escribir sobre los alumnos de la escuela. Mi objetivo no era claro cuando decidí ir, pero yo sabía que mi motivación no radicaba en espiar al "bando opuesto" sino que tenía más que ver con entender quiénes eran y si podría realizar trabajo de campo junto a ellos para construir un objeto de análisis que valiera la pena investigar.

---

6 Creado en 1905, las sedes del COM tienen como objetivo "la ayuda mutua y la vinculación entre los Oficiales de Mar y Maestranza de la Armada". Para mayor información ver: <http://www.circuloofmar.org.ar/>

7 Los nombres son ficticios para conservar el anonimato de quienes me confiaron su palabra durante el trabajo de campo.

Luego de varios minutos de conversación noté un entusiasmo en Gabriel por dialogar conmigo y presentarme gente. A Fernando lo incluyó en una conversación con veteranos de la guerra de Malvinas y, sin que yo preguntase, me aclaró que no hablaba de “política” y que sólo hablaba de su escuela porque ellos “no tenían nada que ver con la dictadura, que fue una mancha terrible en 116 años de historia, pero que no era parte de los alumnos”. Dijo también que sabía “lo que había pasado”, que eso no se podía negar pero que también habían pasado muchas otras cosas en la historia de la institución. Él ingresó a la escuela a fines de la década de 1980 y abandonó la carrera militar inmediatamente después de egresar de la ESMA. Me comentó, en algún momento de la conversación, que:

Todo lo bueno de la Marina no se habla. Para nosotros fue la mejor época de nuestra vida... la mejor vida, el mejor estudio, los mejores profesores. Una persona pasa cuatro meses en la escuela y te marca para toda la vida... cuando estás un año compartiendo todo, hasta el sudor de otros, la familia, todo. La ESMA es ahora un monumento histórico a la represión, ¿y los otros años? (Buenos Aires, 26 de octubre del 2013).

Escuchando a Gabriel, y prestando atención a sus tonos y a sus palabras, me di cuenta de que lo que yo entendía cuando escuchaba la palabra “ESMA” no era lo mismo que él: a mí la ESMA siempre me había dado miedo y, para él, significaba nostalgia y cariño. Tampoco eran las mismas cuestiones las que nos preocupaban: él no quería que se olvide lo “bueno de la Marina” y la calidad de los saberes aprendidos en esos años de formación, se molestaba con la actual falta de interés político y social de los “civiles” en saber qué hacía un suboficial y reclamaba pensar a su escuela con una temporalidad que incluía “la represión” pero no la limitaba únicamente a esos 8 años. Hubo algo en su entusiasmo al hablar conmigo que me hizo pensar que Gabriel tenía muchas ganas de compartir sus experiencias precisamente con alguien “del otro bando”. Pero, al no conocernos, también era claro que ambos nos estábamos moviendo con cautela para cerciorarnos acerca de qué era lo que el otro estaba diciendo, haciendo y queriendo hacer del otro. Mientras escuchaba lo que él contaba yo no podía entender la magnitud de ese momento porque nada terminaba de encastrar en mis casilleros cognitivos: ¿la ESMA generaba recuerdos de amor y de nostalgia juvenil?, ¿existía gente que había pasado allí los “mejores años de su vida” y se tomaba un rato para hablar conmigo sobre eso? Mi universo de sentido común estaba colapsando, pero aproveché ese terremoto para intentar abrimme hacia una lógica que no me era propia.

## SEGUNDO DESPLAZAMIENTO: CONOCER EL SÓTANO

Habrían pasado unas dos horas desde el inicio del acto del 116° aniversario cuando nos ofrecieron conocer algunos de los “objetos especiales” de la ESMA. Puedo asegurar que el trabajo de campo es corporal porque esa invitación me retumbó en el cuerpo. No alcanza únicamente con decir que tuve piel de gallina, sino que se aceleró mi corazón, me temblaron un poco las piernas y mi marido –como me contó cuando salimos del edificio- quiso salir corriendo. No sé qué debo haber hecho con mi cara y mis gestos, pero intenté no dar muestras del temor ni de la ansiedad. Sólo respondí que, para mí, sería

"maravilloso" poder conocer esos objetos.

Una de las personas encargadas del resguardo de los objetos, otro exalumno, nos aclaró que él todavía necesitaba pedirle permiso al presidente de la asociación, ya que nunca habían compartido el espacio con personas que no pertenecieran a alguna Fuerza Armada. En sus palabras, mi marido y yo éramos "los primeros civiles en ver nuestro museo". Luego de unos 15 minutos que nos parecieron eternos y sin saber a dónde íbamos, Gabriel y otros dos exalumnos nos pidieron que los siguiésemos. Primero fue ir al ascensor. Le pregunté dónde quedaba el lugar, se sonrieron entre ellos y uno de los exalumnos me dijo entre risas que no tuviese miedo. Gabriel me miró y me dijo: "Quedate tranquila que no pasa nada"; diálogo que aumentó mi pulso una vez más e hizo que apretase más fuerte la mano de Fernando. Evidentemente, para ellos mi temor era muy perceptible. El viaje en el ascensor hasta el 1° subsuelo debe haber durado menos de 30 segundos pero para mí fue una eternidad. Cuando se abrió la puerta, noté que estábamos en un estacionamiento. Vi a mi izquierda un pasillo de unos 3 metros que terminaba en una sala que, desde lejos, parecía tener una entrada abarrotada de objetos difíciles de identificar. Me calmó saber que ya habíamos llegado. Mientras nos acercábamos a la puerta, Gabriel me indicó que no podía sacar fotos y que era mejor que no intentara hablar con el presidente de la asociación porque "al no conocerte, no confía". Mirando el ingreso, noté que el lugar estaba escondido. No tenía carteles en la puerta y estaba, literalmente, bajo tierra. En el momento, este dato no me pareció significativo ya que el miedo se apoderó de casi todas mis percepciones; sin embargo, luego, esta forma de "custodiar los objetos" se convertiría en la pregunta central de mi tesis de maestría (Ohanian 2017).

Abrieron, entonces, la puerta y entramos. Una vez dentro de la sala, pude ver que medía unos 8x8mts. pero que, por la cantidad de cosas, parecía mucho más pequeña. Era una sala impecable y repleta de objetos. Tres de las cuatro paredes del cuarto tenían vitrinas desde el suelo hasta el 1,60mts. y por arriba de ellas, las paredes estaban cubiertas por placas conmemorativas y por cuadros con fotos actuales, viejas y muy viejas de buques y de promociones de aspirantes y de suboficiales de la Armada Argentina. Ninguna de las imágenes tenía epígrafes. También se podían ver colgados en las paredes escudos y banderas de otras escuelas militares argentinas y del exterior. Ingresamos a la sala del subsuelo con mi marido, tres enfermeras recibidas en la ESMA, cuatro hombres que habían estudiado allí –uno de ellos veterano de Malvinas y sobreviviente del hundimiento del Crucero General Belgrano– y el presidente de la Asociación. Noté cierta preocupación suya en relación con mi presencia: era el único con quien no me habían presentado y me miraba con mucha sospecha. Evidentemente, él había entendido antes que yo que había que ser precavido.

Me detuve en cada uno de los objetos y en cada una de las fotos para poder apreciar qué estábamos viendo, porque no sabía qué eran esos objetos ni qué sentido tenía su acumulación, pero me esforcé por tratar de entenderlo. Gabriel y los otros alumnos estaban muy entusiasmados, sonreían y hablaban mucho entre ellos sobre historias adolescentes vividas allí; sobre recuerdos de desayunos, de instructores, de francos y de guardias. Por momentos nos hacían participar de la conversación para explicarnos sobre los horarios y la rutina educativa de la ESMA, sobre cómo habían ido cambiando las autoridades, sobre la relación con las demás instituciones militares, sobre el vínculo con sus familias y sus novias, y sobre la importancia del uniforme impecable. Estuvimos

conversando muy amablemente acerca de los objetos en el sótano por más de una hora hasta que Gabriel nos pidió que anotáramos nuestros nombres para “escribir algo en la página sobre la visita de personal civil de la UBA”. Luego nos acompañó a la salida, nos saludamos y expresamos el deseo de seguir conversando.

### TERCER DESPLAZAMIENTO: VOLVER DEL SÓTANO

Cuando volví del sótano, Gabriel fomentó un intercambio de información a través de encuentros, llamados telefónicos y redes sociales. A su vez, me contactó con otros alumnos y comenzamos a discutir sobre diversas temáticas coyunturales de la situación nacional que nos permitieron acercarnos cada vez más. Pero, el mismo día que nos conocimos, los dos nos *googleamos* para evaluar cuán peligrosos éramos el uno para el otro: yo quería asegurarme de que él no tuviera causas penales y él quería asegurarse de que yo no fuera una espía de los Derechos Humanos buscando información para realizar acusaciones judiciales. Esa desconfianza mutua –que percibimos claramente durante todo el día– me resultó productiva para comenzar a esbozar preguntas sobre qué era la ESMA para ellos y sobre qué era para mí.

Involucrar analíticamente la relación que desarrollamos con nuestros interlocutores en el campo incluye la pregunta sobre cómo nuestra presencia es leída, interpretada, desconfiada, aceptada, ignorada o celebrada para comprender qué es eso que está sucediendo y poder hacer preguntas de investigación desde el mismo campo. Es ese ángulo de reconocimiento de la reflexividad (Guber 2014) como experiencia humana concreta y situacional (la nuestra y la de los demás) lo que permite conocer a las personas recuperando sus propias perspectivas acerca de las cuestiones que les preocupan, les interesan, los motivan, los enorgullecen y los avergüenzan. Yo no tenía ni idea de qué problemas estaba atravesando esa comunidad con la que estaba comenzando a trabajar, y tardaría mucho tiempo en entenderlo.

Con el tiempo -y con muchos encuentros compartidos con Gabriel y otros alumnos- aprendimos a relacionarnos para armar un puente entre las orillas, esas que al inicio nos habían parecido extremadamente alejadas. El riesgo de apartarnos de nuestras respectivas comunidades originarias era compartido y, a medida que la relación fue creciendo, pudimos conversar acerca de lo que cada uno ponía en juego en nuestros encuentros: no poder volver a casa por volvernos sujetos contaminados e impuros (Douglas 2007:73). Por su parte, Gabriel tuvo que dar explicaciones sobre nuestra relación con el resto de los integrantes de la Asociación ya que consideraban demasiado riesgoso que el “enemigo-zurdito” (yo) sepa tanto sobre la vida cotidiana de la Armada. El regreso a mi comunidad de origen también fue costoso; temí no ser más bienvenida porque me había acercado demasiado al enemigo. En mis presentaciones académicas yo describía y daba cuenta de un mundo militar con prácticas y rituales singulares, pero la pregunta final era siempre la misma: ¿ellos estuvieron en la represión?, ¿no te da “impresión” trabajar con militares?, ¿dónde pones tu límite moral para con ellos?, ¿ahora estás a favor de la dictadura? Primero atribuí -ingenuamente- que las preguntas apelaban a la curiosidad acerca de un mundo desconocido, pero luego comprendí que las preguntas no remitían a mi investigación con militares sino a confirmar una descripción previa y nativa de los “genocidas”.

El sótano fue nuestro punto de partida, el inicio de una relación con

Gabriel y otros alumnos formados en la ESMA de su misma generación que requirió de tiempo y de atención, en la que empezamos a desarrollar un código de confianza mutua. No fue mi decisión bajar al sótano sino que fue producto de eso que pasó en el evento, en la forma en que nos escuchamos antes del descenso. Estuvimos allí poco más de una hora pero ese tiempo significó para mí la apertura a un mundo desconocido de afectos; de experiencias y de historias que constituían una realidad muy distante a la que yo conocía. En ese *bajar y subir del sótano* conocí una ESMA que era querida, añorada y custodiada por sus alumnos. En ese desplazamiento iniciamos una relación que a él le permitió argumentar que valía la pena discutir con académicos de la sociedad civil y a su vez fue la semilla de mi actual trabajo en la Base Naval Puerto Belgrano sobre la formación de los suboficiales de la Armada, donde ya no pongo en juego mi moral ni trabajo con enemigos sino que investigo con hombres y mujeres suboficiales de la Armada su relación con el mar, los honores y las lealtades militares, sus familias, las formas de reciprocidad, la guerra y las políticas públicas.

En este tercer desplazamiento entendí que para decir algo nuevo sobre un grupo humano, la etnografía implica un movimiento que debe incluir a los otros con quienes nos transformamos, porque el campo (y sus vínculos) no dependen sólo del investigador. Entendí que ese encuentro en el sótano había generado una relación con distintos sentidos y riesgos para Gabriel y para mí que valía la pena pensar analíticamente. Entendí que mi trabajo no era juzgar sino investigar, comprender y aprender a preguntar. Entendí que a ese enemigo lo habíamos exotizado hasta convertirlo en un ser monstruoso<sup>8</sup> y fantasmal que aparece constantemente para atemorizarnos porque nunca salimos del trauma de la ESMA sufrido socialmente durante la última dictadura militar. Por eso lo queremos alejado, escondido y aislado en un subsuelo, sin texturas, sin caras y congelados sin temporalidad. En este último desplazamiento que atravesé al regresar del sótano, percibí que meterse con el monstruo no era un dilema moral sino que estaba comenzando a pensar en términos de investigación social.

## REFLEXIONES FINALES

En este texto propuse explorar un inicial dilema moral, no como una limitación sino como una potencia analítica de investigación. Mi experiencia de trabajo de campo con un grupo de alumnos de la Escuela de Mecánica de la Armada generó un desplazamiento en el cual me alejé de mi comunidad moral de antropólogos y me acerqué a Gabriel, quien también tuvo que alejarse de su comunidad moral de militares para vincularse conmigo. Ambos pusimos en riesgo el retorno a nuestro grupo de origen al dejar de vernos como enemigos. Durante mis años de trabajo de campo aprendí cómo exotizamos desde la academia a la figura del militar en general, y al formado en la ESMA en particular, hasta convertirlo en una criatura que sólo puede ser temida y está imposibilitada de ser estudiada y por lo tanto, comprendida y conocida como grupo humano: no hemos desarrollado hipótesis ni argumentos para conocer a los integrantes de una de las instituciones nacionales más antiguas. Es, en la actualidad, un grupo humano que no conocemos. La ESMA -como categoría nativa- genera una reacción única y unilateral por parte de los científicos sociales y también

---

<sup>8</sup> Según el Diccionario de la Real Academia Española un monstruo es un ser fantástico; un viviente anormal y malvado que causa espanto.

por parte de los integrantes de las Fuerzas Armadas: tiene un poder sobre la sociedad argentina que la convierte en una cuestión nacional sin espacio para ser pensada.

El desplazamiento etnográfico que propuse analizar incluyó un vínculo que difiere de los habituales: es justamente uno que altera<sup>9</sup>, modifica, quiebra sentidos comunes y genera nuevas preguntas de investigación. Los tres desplazamientos me permitieron enfrentarme a mi propio sentido común académico, problematizar conceptos, comprender disputas que nunca había pensado y participar en la dinámica de un grupo social sin ocultarme en mis propios temores y prejuicios. En el primero, primó una curiosidad por salir de mi comunidad; en el segundo, descendí al sótano y conocí un grupo de alumnos de la ESMA que no pude encasillar como “enemigo monstruoso” y en el tercero, al abrir diálogo con Gabriel y con sus compañeros, me encontré en un conflicto epistemológico: sostenía mi sentido común moral que incluía la existencia de los militares únicamente como “genocidas”, o me embarcaba en hacer trabajo de campo sin saber qué pasaría si incorporaba verdaderamente a mis interlocutores. Estudiarlos para justificar que son “genocidas” era una opción para describirlos en mis propios términos morales, acción que no me representaba riesgo alguno ya que no me alteraba ni me arriesgaba en mi propia comunidad; sólo debía sostener que ese era un otro lejano, distante, enemigo y, peor aún, monstruoso. Mi punto de llegada iba a ser el mismo que el de partida y el trabajo de campo se hubiese vuelto inútil: cosechar evidencia para decir lo que yo ya quería decir antes de salir al campo. Cuando decidí entregarme al trabajo de campo, el desafío ya no estuvo en justificar mi sentido del bien y del mal, sino en aprender a plantear problemas antropológicos desde la perspectiva de un grupo de alumnos de la ESMA que eligieron compartir tiempo conmigo para mostrarme sus espacios, explicarme su lenguaje, enseñarme sus reglas e invitarme a conocer una forma particular de habitar y construir su propio mundo social. Preguntarse sobre sus formas de ver el mundo permite construir una mirada analítica distinta que habilite a profundizar nuestros estudios sobre las Fuerzas Armadas, el Estado y nuestra historia política nacional.

El riesgo que corremos desde las ciencias sociales es aplacar la curiosidad y clausurar inquietudes de investigación, ya que no se puede preguntar nada sobre un enemigo monstruoso que nos aterra y debe seguir aterrándonos. Para encontrar preguntas de investigación, nuevos actores, nuevas miradas y otras formas de entender quiénes somos los argentinos, creo importante señalar que esos monstruos no existen.

Hace algunos años, en una de nuestras conversaciones telefónicas con Gabriel, intercambiamos ideas y chistes sobre lo particular de nuestra relación. Yo le comenté que me miraban mal cuando mencionaba que hacía trabajo de campo con alumnos de la ESMA y él me dijo que lo miraban mal por juntarse conmigo. Al escuchar eso, reaccioné asombrada por el “nivel de contaminación” que yo producía en él. Él, por su parte, no se asombró, y me dijo con mucha calma: “Para que nosotros podamos seguir trabajando juntos vos vas a tener que dejar de ser una zurdita de la UBA para mí, y yo voy a tener que dejar de ser un genocida de la ESMA para vos”. Él había entendido los riesgos y el valor de romper filas con nuestros bandos morales para acercarse al enemigo mucho antes que yo.

9 Agradezco el comentario de la colega Noelia López sobre cómo la alteridad nos altera.

## BIBLIOGRAFÍA

- Badaró, M. (2009). *Militares o ciudadanos. La formación de los oficiales del Estado Argentino*. Buenos Aires. Editorial Prometeo.
- Balbi, F. A. (2007). *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo*. Buenos Aires. Editorial Antropofagia.
- Balbi, F. A. (2016). Moral, ética y codificación en la antropología sociocultural Argentina. AVA. *Revista de Antropología Social*, 28, pp. 43-71.
- Bartolomé, M. (2004). En defensa de la etnografía. Aspectos contemporáneos de la investigación intercultural. AVA. *Revista de Antropología Social*, 5, pp 69-89.
- Calandrón, S. (2014). *Género y sexualidad en la policía bonaerense*. San Martín. UNSAM Edita.
- Douglas, M. (2007). *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Buenos Aires. Editorial Nueva Visión.
- Escolar, D. (2017). *Gendarmería. Los límites de la obediencia*. Buenos aires. Editorial SB
- Fassin, D. (2008). Beyond good and evil? Questioning the anthropological discomfort with morals. *Anthropological Theory*, 5, pp. 333-344
- Frederic, S. (2013). *Las trampas del pasado: las Fuerzas Armadas y su integración al Estado democrático en Argentina*. Buenos Aires. Fondo de cultura económica.
- Frederic, S. (2014). ¿Militares, asalariados o trabajadores? Moral y emoción en un conflicto gremial de la gendarmería nacional argentina. *Dilemas Revista de Estudios del Control Social*, 8 (3), pp. 529-557.
- Frederic, S. (2018). *La politización del trabajo policial en buenos aires. Gendarmes y policías locales frente al policiamiento de proximidad*. *Revista Trabajo y Sociedad*, 31, pp. 33-51.
- Frederic, S., Galvani, M., Garriga Zucal, J., Renoldi, B. (editores) (2014). *De armas llevar. Estudios socioantropológicos sobre los quehaceres de policías y de las fuerzas de seguridad*. La Plata. Ediciones de Periodismo y Comunicación, Universidad Nacional de La Plata.
- Galvani, M. (2017). *Cómo se construye un policía. La federal por dentro*. Buenos aires. Siglo Veintiuno Editores.
- Garriga Zucal, J. Y Maglia, E. (2018). ¿Qué es un policía? Un estudio sobre las representaciones del trabajo policial. *Revista Trabajo y sociedad*, 31, pp. 15-31.
- Ginsburg, F. (2016). Cuando los nativos son nuestros vecinos. En Boivin, M., Rosato, A., Arribas, V (comps). *Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural*. Buenos Aires. Antropofagia.
- Goldman, M. (2016). Cosmopolíticas, etno-ontologías y otras epistemologías. La antropología como teoría etnográfica. *Cuadernos de Antropología Social*, 44, pp. 27-35
- Guber, R. (2007). Crisis de presencia, universidad y política en el nacimiento de la antropología social de Buenos Aires, Argentina. *Revista Colombiana de Antropología*, 43, pp. 263-298.
- Guber, R. (2008). Antropólogos-ciudadanos (y comprometidos) en la Argentina. Las dos caras de la 'antropología social' en 1960-70". *Wan E-Journal*, 3, pp. 67-109.

Guber, R. (2010). El compromiso profético de los antropólogos sociales argentinos, 1960-1976. AVA. Revista de Antropología Social, 16, pp. 11-32.

Guber, R. (2014). La etnografía. Método, campo y reflexividad. Buenos Aires. Siglo Veintiuno Editores.

Guber, R. (2016) Experiencia de Halcón. Los escuadrones de la Fuerza Aérea Argentina que pusieron en jaque a la flota británica en Malvinas. Buenos Aires. Sudamericana.

Noel, G. D. (2016). Verdades y consecuencias. Las interpelaciones éticas en las lecturas nativas de nuestras etnografías. AVA. Revista de Antropología Social, 28, pp.101-126

Ohanian, J. (2017). Guardianes del honor: una etnografía sobre memorias de ex alumnos de la ESMA. Tesis de Maestría en Sociología de la cultura y análisis cultural. UNSAM.

Schmitt, C. (2009) El concepto de lo político. Texto de 1932 con un prologo y tres corolarios. Madrid. Alianza Editorial.

Sirimarco, M. (2009). De civil a policía. Una etnografía del proceso de incorporación a la institución policial. Buenos Aires. Teseo.

Viveiros de Castro, E. B. (2016). El nativo relativo. AVA. Revista de Antropología Social, 29, pp.31-69.

Zajak, J. (2019). "En el corazón del monstruo": la Gendarmería y el gobierno de los márgenes en barrios informales del sur de la Ciudad de Buenos Aires. Tesis de Maestría en Antropología Social. Buenos Aires. IDES-IDAES.

#### FUENTES UTILIZADAS

Carrol, L. (2016). Alicia en el país de las maravillas. Buenos Aires. Edelvives

Círculo de Oficiales de Mar. En: <http://www.circuloofmar.org.ar/>

Diccionario de la Real Academia Española (RAE) En: <https://dle.rae.es/monstruo>